

M^a I. DEL VAL VALDIVIESO (ed.), *La percepción del agua en la Edad Media*, Universitat d'Alacant, Alicante, 2015, 318 pp., ISBN: 978-84-9717-345-2.

El objeto histórico de este libro, que bajo la coordinación y edición de María Isabel del Val Valdivieso, reúne un nutrido número de colaboraciones de diversos investigadores e investigadoras, es la relación –material y simbólica y en sus diferentes variables– que los hombres y mujeres establecieron durante la Edad Media con el agua, un bien tan necesario como a menudo desgraciadamente escaso. Un objetivo tan amplio, no obstante, se examina a lo largo de estas páginas sobre la base de varias perspectivas de estudio, articuladas en tres grandes bloques perfectamente imbricados entre sí. De tal manera el agua, o mejor los recursos hídricos son contemplados en esta obra como bienes materiales, pero también como un patrimonio «pensado» desde las creencias religiosas y a través del tamiz que imprime el lugar que cada cual ocupa en la sociedad y en la comunidad a la que pertenece. El resultado es una sabia combinación entre lo material –o la materialidad– y lo simbólico y, por tanto, una visión de conjunto tan rigurosa como enriquecedora. Y todo teniendo como escenario principal la Castilla bajomedieval y en menor medida otros territorios y reinos cristianos, pero también musulmanes, de manera que la visión –las visiones– se enriquecen con las posibilidades que ofrece la confrontación con la realidad inmediata, vecina o distante y distinta.

No es la primera vez que la Dra. del Val asume esta tarea. Hemos podido disfrutar de otros enfoques sobre la cuestión que nos ocupa en anteriores trabajos conjuntos, en los que ha compartido tarea con otro excelente medievalista, el Dr. Bonachía, como el volumen publicado por la Universidad de Granada en 2012.⁵ Y se trata, además, de un tema prioritario para el grupo de investigación *Agua, espacio y sociedad en la Edad Media* (<http://www3.uva.es/giragua>), que lo ha materializado en el proyecto de investigación *El agua en el imaginario de la Castilla bajomedieval* (HAR2012-32264).⁶ La novedad es ahora la aproximación más estrictamente cultural «teniendo en cuenta que el agua es un elemento natural que produce reacciones culturales que se reflejan tanto en la mentalidad popular como en las especulaciones intelectuales» (p. 11).

Para delimitar este amplio objeto de estudio se han planteado diversas cuestiones particulares que transitan desde lo particular a lo general y que se distribuyen a lo largo de tres bloques casi homogéneos. Están precedidos por una introducción (pp. 9-13) y seguidos de unas conclusiones (pp. 313-318), ambos textos escritos por la editora de la obra.

La primera parte ilustra al lector, a la lectora, con diversos ejemplos en los que poder identificar cómo se relacionaban con el agua los hombres y mujeres de la baja Edad Media en la cotidianidad de su existencia. Pero, sobre todo, cómo lo hacían en función del grupo social o incluso del género al que pertenecieran, o del trabajo que desempeñaran, ya fuera en el mar o en tierra firme, como veremos. Estas variables daban lugar, sin duda, a una diferente percepción de ese

⁵ M^a I. del Vall Valdivielso y J. A. Bonachía Hernando (coords.), *Agua y sociedad en la Edad Media Hispana*, Editorial Universidad de Granada, Granada, 2012.

⁶ Este proyecto ha estado financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad y le han precedido otros también relacionados con este asunto, desde el pionero *El agua en las ciudades castellanas durante la Edad Media*, financiado por Ministerio de Educación y Ciencia (DGICYT PS95 0069), desarrollado entre 1996 y 1999.

bien, tan común como necesario, contribuyendo en este caso a que lo cotidiano adquiriera matices simbólicos, en tanto que entraban en juego las emociones y los sentimientos. De esto sabe mucho José Rodríguez Fernández que inaugura el primer bloque con un documentado trabajo que lleva por título «Agua, poder, sociabilidad y desigualdades de género en las fuentes públicas de las villas alavesas (1450-1550)», (pp. 17-37), aunque el autor amplía en ocasiones esta horquilla cronológica hacia los siglos XVII y XVIII. A lo largo de las páginas que lo componen, distribuidas en epígrafes y subepígrafes, desentraña las claves de la sociabilidad que se establece en torno a las fuentes públicas, teniendo siempre como referencia que “la utilización de una fuente, un abrevadero o un lavadero, aun sin tener un reconocimiento oficial de tipo jurídico, es un mecanismo tremendamente efectivo para crear o al menos reforzar microidentidades colectivas dentro de la villa” (p. 24). Especialmente interesantes son los dos últimos epígrafes, llamados *Poder, sociabilidad y percepción*, y *Hombres, mujeres, hombres y mujeres en las fuentes*. En ellas, según el autor, las mujeres parecen conquistar parte de un espacio público que, en principio, les estaba vedado, aunque lo hicieran para seguir desempeñando labores vinculadas al ámbito doméstico. Incluso en aquellos casos documentados en los que la mujer asumía un papel en la construcción de estos recintos, su presencia era anecdótica y estaba relacionada con trabajos de apoyo al cabeza de familia. Por supuesto, su estatus socio-laboral era indefinido y estaba peor considerado que el de su pariente masculino. Según el autor, esta aparente conquista abría la puerta a una nueva preocupación para las autoridades que temían que las fuentes se convirtieran en lugares proclives a acoger situaciones de moralidad dudosa.

El segundo artículo (pp. 39-84) de este bloque lo firma Miriam Parra Villaescusa. Con el título «Aguas peligrosas-Aguas aprovechables: concepción ideológica y realidad productiva de los marjales. El sur del reino de Valencia (XIV-XV)», la autora nos sitúa en un escenario concreto, las zonas palustres y humedales de la gobernación de Orihuela, en el que poder contemplar cómo fue llevado a cabo el aprovechamiento y la explotación de estos marjales, la riqueza de estos recursos naturales y las actividades productivas de diversa índole ligadas a ellos, como la caza, la pesca y el pastoreo. Acompaña al texto un dossier gráfico que ilustra parte de su contenido. De este interesante trabajo me gustaría destacar, sobre todo, el esfuerzo por aunar toda la documentación disponible, procedente de disciplinas diversas como la arqueobotánica y la geoarqueología, imprescindibles para llevar a cabo reconstrucciones paleoambientales. Esta clara vocación transversal e interdisciplinar queda de manifiesto a lo largo de todo el trabajo y se hace especialmente patente al acometer la cuestión de los sistemas de drenaje, para los cuales es imprescindible el uso de la fotografía aérea y de las prospecciones. Aunque Miriam Parra reconoce que se trata de una “tarea ardua de trabajo que supone una aproximación retrospectiva que permita eliminar las acciones posteriores y que complican ofrecer un panorama total” (p. 75), se compromete a abordarla en un futuro. Sus resultados se nos antojan prometedores.

Isabel Vaz de Freitas titula su aportación «Água e emoções entre a paisagem real e a imaginada: fontes decorativas no Jardim dos Amores e nos Jardins do Paraíso» (pp. 85-99) y se convierte en el tercer trabajo de esta primera parte, pertrechado con una buena dosis de imágenes. El tema elegido y los documentos empleados suman otra visión sobre el hilo conductor de esta obra. La iconografía que nos desvela la concepción que los hombres y mujeres medievales tenían

sobre los jardines, terrenales o celestiales, reales o imaginados, se convierte en protagonista de esta lectura que nos ofrece Vaz de Freitas. Retomando propuestas de otros autores, su planteamiento nace de dos maneras de entender las imágenes, a saber, «a analise da imagen por si só e como transportadora de narrativas» (pp. 85-86). Propone un análisis seriado de imágenes históricas en los que aparecen elementos arquitectónicos relacionados con el agua para tratar también de captar las emociones de los actores de tales escenas. La autora reflexiona sobre la débil línea que separa lo real de lo imaginado en aquellas imágenes, en las que las fuentes, convertidas a veces en el único elemento arquitectónico de esas representaciones y el agua, siempre corriendo, son retratadas con tal realismo que no hay duda de que tanto estas realidades materiales como las emociones que despiertan formaban parte de lo cotidiano del artista, que sabía reconocerlas y plasmarlas, como si cobraran vida. En sus conclusiones advierte que esta investigación le ha despertado dudas y se propone continuar indagando «pela curiosidade avivada» (p. 95).

Dejamos atrás la intimidad de los jardines para adentrarnos, de la mano de Beatriz Arízaga Bolúmburu y Michel Bochaca, en la grandiosidad del mar, con el cuarto trabajo de este bloque titulado «Conocimientos náuticos y representaciones del mar en la baja Edad Media: el ejemplo del Atlántico próximo» (pp. 101-110). El título de este interesante texto nos sitúa de entrada en el contexto. El mar recorrido no es otro que el mejor conocido antes de los descubrimientos colombinos y lo surcan personajes diversos que enriquecen con sus distintas visiones la concepción de este vasto océano. Ambos autores toman en consideración fuentes de muy distinta naturaleza, como las náuticas, mapas y derroteros, o las «concebidas desde la cubierta», esto es, diarios de abordó y relaciones de viaje. En este último caso Arízaga y Bochaca nos proponen una travesía en la que nuestros guías serán un reputado marinero: el almirante Cristóbal Colón, y Guiterre Díaz de Games, hombre de armas pero también veterano viajero. Ninguno de ellos alude con frecuencia a la palabra agua en sus textos, pero en ambos casos es posible advertir que, pese a sus notables conocimientos marítimos, en este territorio familiar y conocido aún hay lugar para las sorpresas tanto como ocasiones para el despertar de nuevos temores.

En la visión fantástica de Cristóbal Colón, en absoluto incompatible con el nivel de sus conocimientos sobre el mar y el clima, con su capacidad de observación y el realismo de sus descripciones insiste el autor del último capítulo de este bloque. Bajo el título «El imaginario colombino de las aguas en la búsqueda del Paraíso» (pp. 111-127), István Szászdi León-Borja elabora un repaso bien documentado sobre los mitos que sostenían esa geografía fantástica que tanto influyó en el pensamiento colombino. Sin duda *el Nuevo Mundo donde todo era posible* (p. 124) dio pie al Almirante a buscar, y a creer encontrar, parte de los ingredientes de aquellas enigmáticas leyendas. No obstante, quiero destacar las primeras páginas de este trabajo, en las que el autor llama la atención sobre las reflexiones de Colón a propósito de la lluvia que solía inundar la isla de Jamaica, cavilaciones que le llevan a recordar otros lugares, antaño repletos de bosques que fueron mermándose por la mano del ser humano en aras de la explotación de cultivos novedosos, como el de la caña de azúcar. Colón, según Szászdi, «nos hace reflexionar que tanto ayer como hoy, lo gobernantes han tenido consciencia de la amenaza que la actividad humana ha tenido respeto del clima y del ecosistema,

empero ello no ha impedido el continuar el proceso de transformación negativa del medio natural» (p. 113).

El segundo bloque tiene como denominador común el tratamiento que han tenido en las fuentes escritas, de toda índole, el agua y los recursos hídricos e hidráulicos. El primero de los trabajos se titula «Agua y espacio en el discurso historiográfico medieval castellano: las crónicas de Pedro López de Ayala» (pp. 131-145) firmado por Covadonga Valdaliso Casanova. A través de la crónica ayalina, fuente histórica de primer orden, la autora documenta cómo en ella las referencias al agua están vinculadas, en su mayor parte, a su papel como elemento definidor del espacio, aunque también haya ocasiones en las que se aluda a ella en relación a cuestiones climatológicas o como bien de consumo. Por tanto, una función *localizadora* que permite ubicar a los protagonistas de los hechos relatados o a los sucesos mismos, pero también como pieza fundamental del escenario en el que se sitúa un acontecimiento. El agua es además «un no-espacio» en el que se hacen desaparecer, por ejemplo, los cuerpos del infante don Juan de Aragón y de Gómez Carrillo, del que sólo se mandó conservar la cabeza (pp. 142-143). En sus conclusiones, Valdaliso nos recuerda que un análisis de los textos cronísticos tiene que tener en cuenta tanto los olvidos deliberados como los recuerdos voluntarios, de modo que «la imagen consciente, creada de manera intencional a través de citas y omisiones, del espacio en las crónicas no es sino la imagen del espacio político que el autor quiso reflejar y, en este sentido, constituye un mapa simbólico» (p. 145).

La idea de que el agua funciona como definidora y delimitadora de espacios, límites y fronteras (p. 152) también es rescatada por la autora del siguiente texto, Diana Pelaz Flores, aunque esta vez como resultado de su análisis sobre la literatura cortesana. Su trabajo titulado «De fuentes, ríos y mares. Presencia y significado del agua en la literatura cortesana del siglo XV castellano» (pp. 147-164) constituye la segunda aportación de este bloque cuyo objeto es vislumbrar el papel del agua como elemento fundamental en la recreación de escenarios y en la configuración de tramas literarias, incluso como «recurso conceptual» para transmitir enseñanzas, teniendo como hilo conductor la literatura forjada en el ámbito cortesano. En el segundo de los epígrafes de este riguroso artículo «El agua en la trama literaria» Diana Pelaz distribuye su trabajo documentando el papel del agua como marco narrativo» (pp. 152-155), como *introducción de personajes* (pp. 155-160), en el que no falta una pequeña alusión a la relación de la mujer con el agua en estos textos, y por último un apartado sobre su valor simbólico *como enseñanza y metáfora en la vida humana* (pp. 160-163). Papel simbólico indudable que, redescubierto y desentrañado cabalmente por la autora, contribuye a conocer mejor la mentalidad de los hombres y mujeres de la Edad Media.

En una obra de conjunto con el planteamiento de la que ahora nos ocupa no podía faltar un trabajo sobre la percepción del agua en el ámbito médico. De ese asunto se encarga Cristina de la Rosa en el capítulo que lleva por título «El agua en los textos médicos medievales. Un ejemplo del s. IV» (pp. 165-179) y lo hace a través de un compendio médico conocido como *Summa Medicinae*, conservado en la Biblioteca de El Escorial. La autora realiza un recorrido a través de las dos partes en las que se divide esta obra transitando por la teoría y la práctica médica. Advierte que aunque la relación entre agua y religión ha sido indiscutible durante siglos, sobre todo en una sociedad que consideraba que muchas enfermedades

eran el castigo divino consecuencia de un pecado, su análisis está orientado sobre todo a conocer la función terapéutica del agua y su responsabilidad en ciertas patologías. En sus conclusiones añade una reflexión sobre la medicina universitaria medieval que, absorbiendo las enseñanzas de la medicina antigua y árabe, otorgará al agua un papel primordial en la salud, el equilibrio y el bienestar (p. 179).

Estrella Pérez Rodríguez se ocupa de cerrar este segundo bloque con el trabajo que lleva por título «La visión del agua en los diplomas medievales a través del léxico» (pp. 181-202), situada en un marco geopolítico muy concreto, el reino asturleonés, desde el s. VIII hasta que tiene lugar la unificación con Castilla en 1230. Desde el comienzo la autora señala que la propia naturaleza jurídica del corpus textual que maneja sólo permite alcanzar una imagen parcial, fundamentalmente «la visión normalizada e inconsciente, no intelectual, que se tiene del líquido elemento en la sociedad medieval» (p. 181) que es casi siempre positiva salvo cuando, por ejemplo, mencionan los peligros del mar. Los textos asturleonés de esta índole regulan su uso, cómo se dona, vende o compra, incluso cómo se disputa, atendiendo a su carácter de bien preciado y necesario, sea cual sea la forma en la que se presenta en la naturaleza o en las distintas maneras como se acumula. No faltan las referencias al agua como organizadora o delimitadora de espacios, como sucede con el Monasterio de Sahagún, siempre situado junto al río Cea. A estas imágenes se suman otras que la definen como fuerza devastadora o las diversas visiones asociadas a la religión cristiana. Concluye Estrella Pérez con un apartado dedicado a los verbos de los que son sujeto o complemento las aguas (pp. 196-199) y con la relación de todo su corpus, cuyos ejemplos abundan, también traducidos del latín, a lo largo de su ilustrado texto.

Finalmente llegamos al bloque tercero de esta obra, dedicado de manera específica a los usos simbólicos del agua en las culturas cristiana, hebrea y musulmana. Comienza con la aportación de Rica Amran, titulada «Agua, conversos e inquisición» (pp. 205-215) elaborada a partir de documentación inquisitorial. Sus pesquisas tienen un doble objetivo: el uso del agua para la limpieza del hogar, especialmente los sábados, una clara vinculación con la fiesta judía; su empleo como elemento purificador y propio de los rituales que se desencadenaban tras las defunciones, es decir, como parte de los ritos de pasaje. Entre las reflexiones a las que llega, resulta muy interesante aquella en la que plantea que, a fines del s. XV, muchos de los judeoconversos que protagonizaron los procesos inquisitoriales practicaron ciertas costumbres que les hacían sospechosos, pero de una manera muy particular, que tal vez sólo fueran una expresión de superstición más que una manifestación clara y evidente de su religiosidad. Y en estas páginas pueden leerse también algunos ejemplos relacionados con el baño antes de la fiesta del sábado, el lavado de los muertos o ese, tan curioso, de llenar una escudilla con agua dejándola en un lugar de la casa, quizá esperando a que el alma del difunto acudiera y se purificara antes de alcanzar para siempre la vida eterna.

Aunque la arqueología tiene mucho que decir todavía sobre la relación que los seres vivos establecen con el agua, bastante se ha escrito sobre la que mantuvieron con ella los musulmanes y musulmanas que habitaron al-Andalus. Belén Vázquez Navajas, que firma el segundo trabajo de este bloque final bajo el título «El ritual de las abluciones en al-Andalus: una aproximación a través de la arqueología» (pp. 217-238) hace un recorrido selectivo sobre algunos de los principales ejemplos arqueológicos disponibles para conocer mejor el ritual de las abluciones. Su

análisis se centra en los escenarios en los que tenían lugar las abluciones menores (wuḍū) y mayores (ghusl) y que son, en esencia y respectivamente, los lavatorios, indispensables en las mezquitas, los baños y las viviendas. En este último caso los musulmanes y musulmanas de cierto prestigio social solían preferir la intimidad de sus hogares para llevar a cabo los rituales purificadores, mayores y menores, como parecen sugerir las evidencias arqueológicas de algunas casas. Igualmente, y como lo hará Ieva Reklaityte en su artículo, retoma la idea de otros autores acerca de la posibilidad de que la inmersión en las piletas de estos baños andalusíes pudiera también estar en relación con el simple deseo de limpieza, sin más, para mostrarse adecentado, higiénico y perfumado ante Dios, en tanto que ablución no estrictamente purificadora en ese caso.

En efecto, esta última idea, junto a la función social que también se atribuye a los baños, y otras reflexiones acerca del papel del agua en el ámbito privado y en el público de la ciudad andalusí, constituyen la trama del trabajo de Ieva Reklaityte titulado «El agua en la ciudad andalusí: prácticas y ritos» (pp. 239-262). Su papel como elemento indispensable para la vida se combina con los significados simbólicos que adquiere en uno y otro espacio. Desarrolla ampliamente el uso de la decoración como expresión material de este último aspecto, tanto en las pilas de mármol de muchas mezquitas aljamas como en las de cerámica propias de recintos más modestos ubicados en los barrios. Pero también, entre otros, en los recipientes domésticos contenedores del preciado líquido, a cuyos elementos decorativos de carácter epigráfico, o las típicas digitaciones paralelas vinculadas a la «mano de Fátima» y al nombre de Allāh, se adjudica un evidente papel profiláctico. Reklaityte dedica algunas páginas al rol del agua en la arquitectura áulica y los jardines, para concluir con un apartado sobre las aguas termales, milagrosas y algunas leyendas sobre los manantiales de al-Andalus y, finalmente, con una serie de reflexiones acerca de la presencia del agua en los rituales mortuorios. En lo que hace a esta última cuestión señala la relación de cercanía entre cementerios y baños, que prueban la arqueología y la documentación bajomedieval, o entre aquellos y los ríos, quizá como un último intento de menguar el temido e inexorable rigor de la muerte.

Cristina Segura Graíño firma el cuarto capítulo de este último bloque que titula «Agua mágica y/o «aqua sancta». El agua en el imaginario popular religioso madrileño» (pp. 263-276). Su objetivo central es discernir acerca de la relación que los habitantes de la Villa de Madrid han tenido con el agua, desde la fundación del núcleo primigenio por Muhammad I, pero incidiendo de manera especial en las capacidades mágicas que le atribuían. La abundancia de agua subterránea influyó, según la profesora Segura en el urbanismo de la Villa, y la mayor o menor presencia de ella en el imaginario colectivo, que recoge sus cualidades curativas y su capacidad para obrar milagros. Y en relación con todo esto la autora rescata, como no podía ser de otra manera, la figura de su patrón, San Isidro, y de su mujer, Santa María de la Cabeza y trae a colación la discusión, que retomará luego el autor del último artículo, acerca del posible origen musulmán del personaje. Tras relatar los milagros del Santo relacionados con el agua, la autora concluye con un pequeño apartado dedicado al *agua sagrada y la lluvia*, donde menciona algunos lugares simbólicos de la Villa de Madrid en los que el imaginario popular hacía, por ejemplo, tañer insistentemente las campanas, como lo hacían las de la iglesia de San Pedro cuando se avecinaban tormentas. Concluye Segura con una

interesante propuesta de futuro: la reconstrucción de una topografía sagrada de la Villa en relación con el agua.

Con el título «El agua imaginada: rogativas y peticiones de lluvia en el Madrid medieval» (pp. 277-312) Eduardo Jiménez Rayado realiza una detenida y detallada relación de las diferentes plegarias e invocaciones que la población madrileña ha protagonizado a lo largo de su historia, siempre con el deseo imperioso de obtener un favor o de evitar una desgracia, manifestando la estrecha relación existente desde antaño entre la superstición, la religión y el agua. Reflexiona su autor acerca del hecho de que en los primeros siglos de vida de Madrid, y en el caso de la petición de lluvias para contrarrestar las sequías recurrentes, los ritos practicados por las poblaciones allí establecidas reflejaban la conjunción de hábitos propios de la religiosidad popular con elementos precristianos y preislámicos, que no escapaban a cierto control por parte de las autoridades civiles y religiosas. Esos momentos de dificultad extrema, además, reunían a gentes procedentes de diversos y distantes status sociales. El autor pone de manifiesto como en los orígenes se recurría a la magia para más adelante dejar paso a la religión y entonces los ritos, organizados con el objeto de hacer cambiar la severidad de naturaleza, se combinaban con la petición de favores a divinidades, personajes extraordinarios y luego santos y santas quienes, en última instancia, serían los encargados de dar o quitar el auxilio solicitado, evidenciando una transición sin apenas rupturas entre la tradición islámica y el cristianismo. Estas y otras ideas tienen cabida en este trabajo que dedica también un apartado a los participantes de estas rogativas. Para solicitar este bien preciado tanto como para frenar su exceso, perjudicial en ambos casos para la agricultura fue precisamente «el vecindario de Madrid quien impuso las imágenes a las que quería solicitar el favor, reflejo de esa actitud poco ortodoxa que mostró la población madrileña desde sus orígenes bereberes» (p. 312). Apoyo su reflexión final acerca de reivindicar, y no me resisto a citar textualmente sus palabras «la confluencia entre el sentimiento religioso cristiano con la tradición islámica que ha tenido siempre (y sigue teniendo) la Villa y ahora ciudad de Madrid y que, desgraciadamente, todavía se ha reivindicar tras siglos y siglos de silencio oficial» (p. 312).

Sin duda, para terminar, creo sinceramente que este trabajo colectivo, coordinado por María Isabel del Val demuestra, por el éxito de su resultado, que conjugar planteamientos transversales e interdisciplinarios sobre un tema concreto es una excelente apuesta y que debieran darse todavía muchos más ejemplos, sobre todo si son de la calidad de la esta obra. Esperemos, como augura su editora, que podamos disfrutar pronto con otros trabajos y propuestas, en las que contemos con nuevas visiones, por ejemplo, sobre la materialidad vinculada al agua o sobre los efectos que causaron en la imaginación de los hombres y mujeres medievales, entre otros, esos fenómenos atmosféricos, caprichos de la naturaleza, tan habituales y cotidianos, pero no por ello menos desconcertantes y turbadores.

María del Cristo González Marrero
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria
Departamento de Ciencias Históricas
Grupo de investigación Tarha
<http://orcid.org/0000-0003-4280-8414>
maria.gonzalez@ulpgc.es